

TANALÍS PADILLA. *Unintended Lessons of Revolution. Student Teachers and Political Radicalism in Twentieth-Century Mexico*. Duke University Press, 2021.

La historia del tiempo presente en América Latina es un campo de estudios en plena expansión. Un campo que explora un tiempo que aún es el nuestro, interesado en asuntos que son parte de preocupaciones ciudadanas compartidas. Un campo interesado en cuestiones vinculadas a experiencias traumáticas como lo fueron las violaciones masivas de los derechos humanos o la represión de movimientos e insurgencias populares por gobiernos dictatoriales. Se trata de pasados que no terminan de pasar y que marcan nuevas y antiguas agendas políticas impregnadas de reclamos democratizadores.

La historia del tiempo presente se ha consolidado firmemente en el sur del continente, en buena medida impulsada por la necesidad de comprender los orígenes y la dimensión de la devastación sembrada por las dictaduras militares. En México, estas nuevas inquietudes historiográficas han tenido características diferentes, derivadas de un orden que ancló su legitimidad en la Revolución de 1910. Ese orden ha sido estudiado, con particular asiduidad, ha sido estudiado hasta los años de la Segunda Guerra Mundial cuando, concluido el gobierno de Lázaro Cárdenas, se abrió paso a un régimen que fue perdiendo radicalidad mientras afianzaba perfiles autoritarios que alcanzaron una potente visibilidad en 1968.

El movimiento de estudiantes universitarios y los trágicos sucesos de octubre de 1968 constituyen un parteaguas en la historia contemporánea de México y, en cierto sentido, la historiografía ha contribuido a esta valoración. Aquel año tiene un doble significado: por una parte, marcó el inicio de una radicalización de sectores de la oposición que, ante el cierre de espacios políticos, optaron por una insurgencia armada que el Estado combatió con la ferocidad característica de las llamadas guerras sucias. Por otra parte, para quienes continuaron apostando por una lucha política, 1968 inauguró un largo y lento proceso de apertura democrática que condujo a la derrota del partido oficial en las elecciones presidenciales del año 2000.

Quizás por estas razones, en 1968 se concentró gran parte de un esfuerzo historiográfico interesado en explicar tanto el autoritarismo del régimen político como su capacidad para neutralizar reclamos opositores a través de la cooptación de muchas de sus dirigencias. Así, los crímenes en la Plaza de Tlatelolco obturaron el campo de la historia del tiempo reciente, hasta convertir a aquella Plaza en la sala de partos donde supuestamente nació la democracia mexicana.

El libro de Tanalís Padilla ha venido a desestabilizar este canon historiográfico para mostrar una historia más compleja y más densa en su examen de las

fuerzas de oposición al régimen mexicano. Un pasado de generaciones de maestros y estudiantes que no fueron protagonistas en octubre de 1968, pero que desde los años cuarenta hasta nuestros días constituyen un foco de agitación política y de movilización social que no deja de despertar preocupación en los gobiernos de turno.

En septiembre de 2014, 43 estudiantes de la escuela normal rural de Ayotzinapa, en el estado de Guerrero, fueron desaparecidos en una acción que puso al descubierto la complicidad entre las fuerzas de seguridad del Estado mexicano y bandas de narcotraficantes. Los estudiantes habían secuestrado una serie de autobuses para dirigirse a la ciudad de México con el objetivo de participar en los actos conmemorativos del 46° aniversario de la represión del movimiento estudiantil de 1968. El secuestro de autobuses, tradicional acción colectiva en las luchas de estos estudiantes, terminó en una tragedia que cimbró el orden político hasta desencadenar una importante movilización ciudadana que ha tenido un amplio impacto internacional aunque, hasta la fecha, a pesar de los esfuerzos desplegados, se desconoce la suerte que corrieron estos jóvenes.

En la dedicatoria de *Unintended Lessons of Revolution*, su autora evoca a estos estudiantes, a sus familiares y a la lucha que emprendieron en busca de justicia. El libro, atento al tiempo presente, interroga los motivos y busca las raíces de un activismo estudiantil que recorre el campo mexicano desde hace un siglo y que, en Ayotzinapa, una de las tantas escuelas normales rurales fundadas en los años veinte y treinta del siglo pasado, tuvo un dramático desenlace. El libro puede valorarse como un extraordinario esfuerzo de investigación dedicado a reconstruir los vínculos entre los ideales justicieros de la Revolución de 1910 y las prácticas educativas en el medio rural, para desentrañar las razones que convirtieron a las escuelas normales rurales en terreno fértil para una militancia política preocupada por difundir ideas y promover acciones fundadas en ideologías de izquierda radical.

Hace medio siglo, el historiador David Raby publicó *Educación y revolución social en México, 1921-1940* y con esta obra sentó las bases de lo que sería un fructífero terreno de investigación histórica sobre el compromiso pedagógico y político del magisterio con los programas de transformación puestos en marcha por los primeros gobiernos revolucionarios. El trabajo de Raby, como luego las investigaciones de Mary Kay Vaughan, Alicia Civera, Guillermo Palacios y Elsie Rotwell, entre otras, mostraron el liderazgo desempeñado por los maestros en las comunidades rurales, asumiendo a cabalidad el papel que les había encomendado el propio Estado para que asesoraran, colaboraran y condujeran los reclamos de campesinos en busca de tierras y mejores condiciones de vida. Este compromiso inició en 1922 con la fundación de escuelas rurales dedicadas a la educación básica de los estudiantes y también a la formación de maestros

rurales. Esas escuelas adquirieron un perfil definitivo durante el gobierno de Lázaro Cárdenas en el contexto de la recién instaurada educación socialista. Entonces, y de manera explícita, a los maestros se les otorgó el doble papel de ser agentes para la alfabetización y para la organización gremial de los trabajadores del campo. De ahí que el magisterio tuvo una sostenida responsabilidad en la organización y movilización de comunidades campesinas para exigir y luego defender derechos sociales consagrados en Constitución Política de 1917. La historiografía de la educación del México revolucionario avanzó hasta los primeros años cuarenta hasta dar cuenta del abandono de las experiencias radicales en materia educativa y la inauguración de nuevas políticas, ahora interesadas en la promoción de una imprescindible “unidad nacional” capaz de restaurar un orden alterado por el radicalismo cardenista.

Tanalís Padilla rompe esta frontera cronológica para dedicar gran parte de su libro a lo acontecido en las normales rurales en la segunda mitad del siglo pasado. Los capítulos iniciales, dedicados a la creación de estas escuelas sirven para descifrar el ethos de una experiencia educativa cuya sorprendente vitalidad es posible identificar hasta el presente. De este modo, el libro propone un recorrido que inicia con la creación del sistema de escuelas normales rurales, instituciones que fueron pilares en la construcción institucional de la legitimación del régimen revolucionario, fábricas del activismo campesino, trincheras de la lucha contra la violencia latifundista y el conservadurismo clerical para, en tiempos de Guerra Fría, convertirse en focos de contestación política impregnados por un discurso marxista-leninista.

Las normales rurales fueron creadas para formar educadores para el campo mexicano. Su existencia quedó fundada en la justicia del reclamo agrario; en la plena identificación de los alumnos—hijos de campesinos—con sus comunidades; y en los lazos de solidaridad entre estudiantes, maestros y campesinos al calor de la lucha por la tierra y también por la sobrevivencia de las escuelas asediadas por latifundistas, por caciques políticos y por sacerdotes católicos. Además, estas escuelas, por las expectativas que despertaron, jugaron un papel destacado en las vidas de las comunidades, toda vez que prometían a sus graduados un puesto de trabajo como docentes en escuelas de educación básica del campo mexicano. Así, en ambientes donde reinaba una pobreza extrema, las normales rurales fueron la única alternativa de movilidad social para millares de familias campesinas. Y esa movilidad se iniciaba con el solo ingreso a estas instituciones, ya que eran escuelas con un régimen de internado en donde los estudiantes tenían garantizadas las comidas diarias, el alojamiento, además de un recibir un modesto estipendio para gastos personales.

La autora reconoce que una dificultad importante que enfrentó su investigación fue la localización de fondos documentales, toda vez que buena parte de los

acervos históricos de la Secretaría de Educación Pública contienen información hasta mediados del siglo XX. Sin embargo, a través de un trabajo admirable, logró rescatar documentación en los archivos de algunas de las escuelas normales que estudió, en archivos de instituciones federales dedicadas a la educación rural, en fondos documentales de la policía política, en archivos diplomáticos estadounidenses, a los que sumó decenas de entrevistas que realizó a quienes fueron maestros y estudiantes a lo largo de las últimas cuatro décadas. Sobre esta base, construyó una narración que recupera desde las dimensiones político-institucionales del sistema de escuelas normales rurales, hasta las dimensiones personales que permitieron interrogar y contrastar memorias sobre experiencias escolares, compromisos políticos, conductas familiares y sociales e identidades étnicas y de género.

El libro entrelaza escalas diferentes de un proceso marcado, en un extremo, por el protagonismo de los maestros rurales en el ascenso de la lucha campesina por el reparto de tierras; y en el otro extremo, por el abandono del compromiso estatal a garantizar condiciones de vida digna a los campesinos mexicanos y la brutal estigmatización de los alumnos y maestros de esas escuelas. En realidad, el libro explora la naturaleza de un activismo estudiantil profundamente enraizado en las luchas campesinas en distintas regiones de México, y la construcción de liderazgos que maestros y estudiantes asumieron en movilizaciones de mayor alcance, yendo desde su participación en organizaciones magisteriales independientes al sindicalismo oficial de matriz corporativa hasta la vinculación estrecha con organizaciones guerrilleras como las comandadas por Lucio Cabañas y Genaro Vázquez en el estado de Guerrero y Arturo Gámiz García y Pablo Gómez Ramírez en el estado de Chihuahua, todos profesores de escuelas rurales. Así, el libro traza un arco que se desplaza desde la imagen abnegada y justiciera del maestro rural que instaló el cardenismo, hasta su representación como vándalos, agitadores y guerrilleros, usadas por autoridades para justificar la represión policial y militar. La investigación deconstruye la leyenda negra erigida en torno a las normales rurales, para dotar de historicidad a la conflictiva existencia de hombres y mujeres que fueron alumnos y profesores de estas escuelas.

Una de las preocupaciones centrales de la autora fue encontrar explicaciones al enraizamiento profundo que tuvieron las doctrinas de una izquierda radical. Varios capítulos están orientados al estudio del origen de una peculiar cultura política en la que confluyeron un discurso socialista, una praxis de autogobierno escolar, y la amplia legitimidad de un reclamo para transformar las miserables condiciones de la vida campesina. Padilla insiste en que esa cultura política fue resultado de un proyecto educativo que reconoce su origen en lo que fue un robusto compromiso estatal en defensa de derechos colectivos. A medida

que ese compromiso se fue debilitando, el proyecto educativo que anidó en las normales rurales comenzó a resistir los embates gubernamentales. Y esa resistencia constituye lo que la autora llama las lecciones inesperadas de una experiencia educativa que, gestada por una Revolución, paradójicamente se convirtió en un espacio de impugnación de gobiernos que olvidaron sus responsabilidades para con los sectores populares.

Mientras las demandas de los pobres del campo y la ciudad se convirtieron en subversivas; los normalistas rurales optaron por rutas cada vez más distantes de las políticas educativas oficiales. Además, esas políticas fueron perdiendo sus perfiles de atención a los trabajadores rurales para privilegiar los entornos urbanos, en consonancia con la emergencia de procesos de migración interna que condujeron a un acelerado crecimiento de las ciudades. La pobreza del campo se trasladó a los espacios urbanos, y ese mundo de injusticias fue dando estructura a la vida de los normalistas, en tanto que el discurso socialista dotó de sentido a su condición de pobres que reclamaban el derecho al estudio y que se movilizaban ante la escasez de recursos a la que fueron sometidas sus escuelas.

La movilización estudiantil fue la garantía de la supervivencia de las normales rurales. Esas movilizaciones tuvieron una lógica que Padilla estudia con detenimiento. La vida cotidiana en las normales, la socialización de adolescentes originarios de comunidades paupérrimas que ingresaban a espacios escolares alejados de sus familias. Los conflictos en clave de género y de origen étnico. El funcionamiento administrativo de las normales, los planes y programas de estudios, las instancias de autogobierno comandadas por líderes estudiantiles y las prácticas de politización del alumnado son reconstruidas para explicar, entre otros asuntos, el origen y trayectoria de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México, poderosa organización estudiantil responsable de articular huelgas, organizar movilizaciones en defensa de las escuelas, y gestionar campañas de solidaridad con la luchas campesinas.

La movilización de maestros y estudiantes respondió a diferentes políticas educativas puestas en marcha a lo largo de medio siglo. Padilla se detiene en cada una de ellas, y de manera particular en tres momentos. El primero, la amplia reforma educacional que, entre 1958 y 1964, comandó Jaime Torres Bodet desde la Secretaría de Educación Pública. Esa reforma, entre otras cuestiones, reconoció la escasa atención prodigada a los problemas de la educación rural y, para remediarlos, propuso una completa renovación en la formación profesional de los maestros acompañada de fuertes inversiones en la infraestructura escolar. Sin embargo, el discurso modernizador que exigía un magisterio cada vez más especializado continuaba ofreciendo salarios más acordes a un trabajo voluntario. Para los normalistas, los problemas de la educación rural no se resolvían con apelaciones oficiales a valores casi apostólicos de la labor do-

cente, sino que obedecían a cuestiones estructurales de una sociedad con una inmensa desigualdad en la distribución de la riqueza. Para los estudiantes de las normales rurales, las nuevas propuestas gubernamentales fueron solo modos diferentes de reproducir el capitalismo. El segundo momento corresponde a una profunda reforma del sistema de normales rurales implementado en 1969, en clara resonancia con las políticas represivas derivadas de los sucesos de Tlatelolco. El número de escuelas fue reducido de manera importante, una parte fue transformada en escuelas técnicas de agricultura y, en las normales que sobrevivieron, se eliminó el régimen de internados y se separó la educación secundaria de la formación profesional, rompiendo lógicas de sociabilización y politización estudiantil que promovían la acción colectiva. De este modo, se procedió a fortalecer las jerarquías institucionales, las supervisiones y con ello la represión a formas de autogobierno. Con estas reformas el movimiento estudiantil ingresó a un periodo de reflujo, con su organización sumamente debilitada. El tercer momento, lo inaugura una nueva reforma educativa bajo el gobierno de Luis Echeverría (1970-1976) que, urgido de legitimidad tras los sucesos de 1968, emprendió una política social que reactivó procesos de reparto agrario e hizo gestos de simpatía hacia las normales rurales, para llegar a fundar una nueva en el estado de Morelos; pero aquel gobierno, al mismo tiempo, emprendió una feroz represión contra insurgencias y guerrillas en el campo y la ciudad. Los vínculos entre egresados y maestros de esas escuelas y la insurgencia armada robustecieron la leyenda negra de normalistas que habían logrado rehacer su organización para volver a resistir los ataques contra escuelas que sobrevivieron gracias a escasos financiamientos oficiales y aportaciones de las propias comunidades.

En suma, *Unintended Lessons of Revolution* ha venido a renovar la historiografía de la educación y la de los movimientos políticos de oposición en la segunda mitad del siglo XX. Se trata de una investigación que contrasta espacios institucionales, políticos, sociales y culturales en la historia de las normales rurales, para desde allí abrir nuevas perspectivas para abordar las políticas educativas, el descontento social en las largas décadas del régimen priista, y sobre todo, para valorar la densidad y potencia movilizadora de un legado revolucionario cuya vigencia resulta insoslayable en el México de nuestros días.

**Pablo Yankelevich**

*El Colegio de México*